

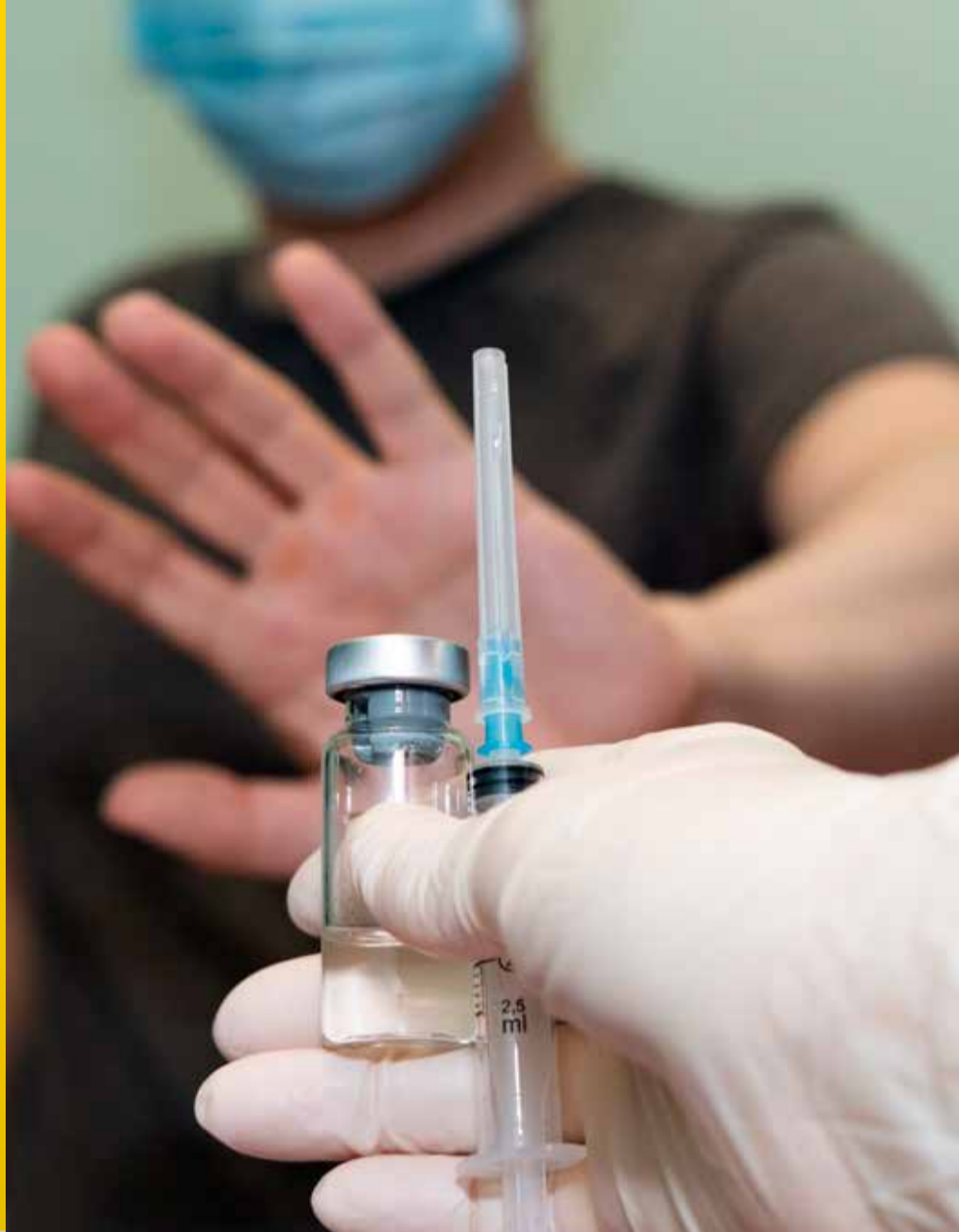
LIBRO

# Para entender la desconfianza hacia las vacunas



***Stuck: How Vaccine Rumors Start –and Why They Don't Go Away***

Heidi J. Larson, Oxford University Press, 2020, 200 p.



Fotografía: Shutterstock

n 1998, el médico británico Andrew Wakefield publicó en *The Lancet* un estudio que sugería un vínculo entre la aplicación de la vacuna triple viral y la aparición de síntomas de autismo. Aunque se ha establecido con claridad que los resultados eran falsos –no existe una relación causal entre el autismo y esa vacuna– y que fueron fabricados por su autor en aras de obtener un beneficio personal, el estudio causó un daño duradero. Las tasas de vacunación de la triple viral cayeron bruscamente en el Reino Unido y otros países, y pasaron 15 años hasta que recuperaron el nivel

que tenían antes de la publicación del estudio. El propio Wakefield, quién en 2010 perdió su licencia médica, goza hoy de un estatus de celebridad entre los grupos antivacunas.

El de Wakefield no es, ciertamente, el primer caso en que la información falsa o imprecisa crea una reacción masiva que lleva a la gente a rechazar una vacuna. Pero es emblemático de un momento de la historia reciente en el que las vacunas pasaron de ser aceptadas a ser discutidas y, a menudo, rechazadas, y en el que la desconfianza hacia ellas se ha convertido en un problema de salud pública.

En *Stuck*, Heidi J. Larson busca entender las influencias tecnológicas, políticas y sociales que han transformado la relación del público con las vacunas. A lo largo de ocho capítulos, examina las distintas facetas del fenómeno, armando un mosaico de historias locales que exponen el modo en que la confianza y la desconfianza, las esperanzas y los miedos, las creencias y la percepción del riesgo se combinan en un coctel antivacunas de alcance global.

La directora del Vaccine Confidence Project de la London School of Hygiene & Tropical Medicine parte de la premisa de que los rumores no van a desaparecer y no pueden ser contrarrestados con información precisa. En 2014, recuerda Larson, se dio un brote de ébola en Liberia, Sierra Leon, Guinea y Ghana. Mucha gente dudaba de la existencia de una epidemia de ébola y desconfiaba

La confianza y la desconfianza, las esperanzas y los miedos, las creencias y la percepción del riesgo se combinan en un coctel antivacunas de alcance global.

de la presencia de trabajadores de la salud de organismos internacionales, llegando incluso a esconder a los enfermos cuando estos acudían. En Ghana, dos ensayos clínicos de vacunas fueron suspendidos debido al miedo generalizado a que las inyecciones buscaran inocular la enfermedad, no prevenirla. Los rumores tuvieron un efecto concreto en la respuesta sanitaria.

Aunque dar información veraz es útil contra los rumores, Larson advierte que “manejar rumores implica entender y manejar las emociones que los alimentan, no juzgar si son verdaderos o falsos”. Es necesario tener una vigilancia constante de aquellas condiciones que crean un terreno fértil para los rumores: “las historias subyacentes que han sembrado desconfianza, o los estados de turbulencia política o social pueden predisponer a la gente a aceptar rumores que confirman sus sospechas previas”.

Desde sus inicios, la vacunación ha existido en el límite entre la elección personal y la salud pública; entre la autonomía y la cooperación. La resistencia ante lo que se percibe como intentos de control, la sensación de agravio ante decisiones que afectan al individuo y que son tomadas sin consultarlo, ha sido un tema central en las posturas antivacunas. Y el problema es que, escribe Larson, “en la carrera por vacunar y proteger al ‘rebaño’, el respeto por estos sentimientos y creencias se ha visto comprometido”. Es en ese espacio donde líderes como Wakefield adquieren

influencia, mostrando empatía con estos sentimientos y dándoles validez, contraponiéndose a un *establishment* científico que parece sordo a los reclamos.

En su defensa de la libertad individual, los movimientos antivacunas se entrelazan fácilmente con otras causas y adquieren un carácter más marcadamente político. En consecuencia, los debates en torno a las vacunas se han polarizado, “rechazando las visiones alternativas y plurales y creando un enfrentamiento entre los valores y la ciencia, en vez de darle un lugar a ambos”.

El temor a las vacunas se basa, sobre todo, en la preocupación por los riesgos que entrañan, especialmente para los niños. El análisis de los riesgos, recuerda Larson, es una mezcla de cálculo basado en la razón y de una serie de influencias emocionales que responden a las experiencias propias y de otras personas. Las vacunas sí tienen riesgos de diferente gravedad, aunque las ventajas siempre son superiores. Por ejemplo, hay evidencia de que la vacuna triple viral llega a provocar crisis epilépticas relacionadas con la fiebre. Pero no siempre son estos riesgos los que preocupan más a las personas: el temor a que esa misma vacuna cause autismo persiste, por más que las investigaciones lo han descartado. Si el miedo al autismo persiste se debe a que las causas mismas del autismo son poco comprendidas, y ese panorama incierto es fértil para la

especulación. En todo caso, decir que las preocupaciones de los padres son irracionales solo sirve para alejarlos de la ciencia. Comunicar adecuadamente los riesgos de las vacunas, entender cómo son percibidos y establecer un diálogo entre el público y los científicos es “una cuestión de supervivencia” para estas.

Gracias a internet, la desinformación, los rumores y los sentimientos antivacunas se esparcen con mayor rapidez e intensidad. El debate sobre la responsabilidad de las plataformas en la propagación de noticias falsas no es exclusivo del ámbito de las vacunas, pero dentro de él cobra una relevancia particular. Si bien las redes sociales tienen la culpa de esparcir ciertos mensajes, dice Larson, no se les puede culpar porque desaten grandes incendios. La tarea de los actores que están interesados en impulsar la vacunación es impedir que la desconfianza y el temor a las vacunas creen las condiciones propicias para la propagación sin control de los rumores.

Los rumores pueden tener consecuencias que van más allá de una vaga reticencia a vacunarse. Entre 1992 y 2017 se han presentado numerosos casos de enfermedad masiva psicogénica posterior a campañas de vacunación contra el VPH, el tétanos o la hepatitis B, entre otros. En estos eventos, grupos de personas experimentan una serie de síntomas similares que no tienen ningún vínculo con la vacuna que recibieron, y que están más

directamente relacionados con un estado de ansiedad generado por la dispersión viral de temores y ansiedades. Sin embargo, generan temores reales y han ocasionado campañas en contra de las vacunas en países como Colombia y Japón. El contagio emocional se hace más frecuente a causa de las redes sociales, y plantea nuevos problemas para el personal de salud que responde a ellos. Descartar estas experiencias como reacciones psicósomáticas puede ser difícil de aceptar para los pacientes, y reforzar su rechazo a las vacunas.

Larson terminó de escribir su libro a inicios de 2020, cuando la pandemia de covid-19 comenzaba a ser un motivo de preocupación a nivel mundial. Pero en el último capítulo de su libro advierte sobre los riesgos de que el mundo responda a la próxima pandemia de alto riesgo con el mismo nivel de complacencia y rechazo a las vacunas que tuvo frente a la pandemia de influenza H1N1.

En pleno 2021, cuando el mundo ya ha experimentado las terribles consecuencias de la pandemia y las campañas de vacunación contra la covid-19 toman vuelo, solo 29.8% de los franceses y 36.7% de los japoneses responde afirmativamente cuando se les pregunta si se pondrían una vacuna de covid-19 si la tuvieran al alcance, de acuerdo con Our World in Data. En México, la cifra de personas dispuestas a ponerse la vacuna asciende a 86.4%, según una encuesta de Data from Facebook y la Universidad de

Maryland. Según una nota del *New York Times*, más de un tercio de los soldados del ejército de Estados Unidos, especialmente los jóvenes, se han negado a ser vacunados, ya sea por miedo a que las vacunas sean peligrosas, ya por reivindicar su autonomía en una organización altamente jerarquizada. Aun en medio de la peor crisis de salud en un siglo, las posturas antivacunas subsisten.

Para Larson, “la causa más evidente del tsunami de protestas contra las vacunas es el hecho de que las comunidades de la ciencia y la salud pública están tan ocupadas en el acto de vacunar, de contar, de alcanzar metas numéricas, que han

abandonado los esfuerzos de entablar contacto con la red que la sociedad, la cultura, la política y la economía han tejido en torno a la vacunación.” Al leer su libro, queda claro que actuar de inmediato para restaurar la confianza en las vacunas es indispensable. Informar adecuadamente sobre los riesgos, escuchar las preocupaciones y temores de los más renuentes a la vacunación, entender, pues, que no se vacuna a cifras, sino a individuos dentro de sociedades complejas, puede marcar la diferencia entre un futuro de enfermedades fuera de control o un futuro donde las vacunas conserven el lugar central que han tenido como herramientas de salud pública.